

tilo ni el lenguaje del obispo de Oviedo (que escribiendo su *Chronicon* por los años de 1119 y preciándose de entendido, debía aspirar á competir con los monjes de Cluny en el cultivo de las letras latinas), se levantan de la humilde postracion en que estas yacian, vencidas ya en el aprecio de la muchedumbre por los nuevos idiomas que habían surgido de sus respetables ruinas, reclamando cierta representacion literaria.

fonso VI y de los privilegios que le otorga, menciona los caballeros que de diversas partes envió con aquel objeto dicho rey, los cuales hallan junto á Arévalo al obispo don Pelayo, que se encaminaba á Toledo, comen en su compañía y le suplican «*les fablasse de Ércoles et de so facienda et façañas et de su fijo Alcides.*» El obispo dá principio á esta tarea con la historia de los famosos Geriones, narra despues los amores de Hércules con la *fermosa Ávila*, causa de la fundacion de aquella ciudad, que toma su nombre, y expone los hechos memorables de los hijos de la misma poblacion, sembrando esta parte de maravillosos sucesos, y terminándola con la muerte del noble Blasco Jimeno, ejecutada por mandado de don Alfonso de Aragon; donde se vé alterada la cronologia aun de la misma *leyenda*, título que se dá á toda la obra. Al final de ella se encuentra una legalizacion autorizada por Fernan Blasquez, notario de puridad, en que consta estar bien y fielmente sacada la copia del original, que se guardaba en el archivo del Concejo, añadiéndose: «La qual leyenda fué corregida et emendada á fin del mes de Febrero de mill et trescientos et cinquenta et tres años, et finca escrita et pendolada en setenta et ocho fojas de pliego de pergamino con sello é señal de nuestro señor el rey en plomo á la rredonda, pendiente de cuerda de sirgo vermejo con el sello é senal de ell noble et honrrado Fernan Blasquez.» En otra nota se lee: «Acavóse describir en la dicha ciudad de Ávila, sávido vispera de Pasqua del espíritu Sancto en veynte dias del mes de Mayo año de mill y seiscientos años, para mí Luis Pacheco, regidor de la ciudad de Ávila.» Tiene el códice referido la marca G. 113, y encierra además un tratado sobre el modo de armar caballeros, y varias noticias de la Orden de la Vanda, en 114 títulos. Si, como se pretende, dicho libro fuese parto de don Pelayo, no puede quedar más justificado el título de *fabuloso*, con que se le distingue.—El P. Ariz, en su *Historia de las Grandezas de Ávila*, insertó esta leyenda con el título siguiente: «De la poblacion de Ávila segun la contó el obispo don Pelayo de Oviedo, en lenguaje antiguo, á los que iuan á poblarla, en Arévalo.» Sin embargo de invocarla como autoridad histórica, lo cual no abona su crítica, suprimió el P. Ariz la introduccion novelesca del Ms., que adicionó y enmendó á veces á su capricho.—La catedral de Oviedo guarda un precioso Ms., designado con el título de *Libro Gótico*, muy digno de estimacion bajo su aspecto arqueológico; pero no libre de los atrevimientos históricos del buen obispo, como prueba el exámen que de él hemos hecho.

Más docto en los estudios de la antigüedad, más esmerado en el uso de la lengua latina, y más sano y abundante en el acopio y exposicion de los hechos, se muestra á la contemplacion de la crítica el monje de Silos, bien que dominado por el ardor de las creencias religiosas, se incline tal vez en demasia á lo extraordinario y maravilloso, en que interviene la Omnipotencia divina. No logra la posteridad por completo la *Chronica* de este respetable varon, careciendo precisamente de la vida de Alfonso VI, objeto capital de sus tareas ¹; mas la parte que existe, aunque destinada á servir de meros preliminares, tejiendo la genealogia de aquel celebrado monarca, no sólo es digna de exámen por ofrecer claro testimonio de la direccion que iban tomando los estudios, sino que merece tambien singular estima por haber contribuido á restablecer los *Chronicones*, adulterados en su tiempo por el obispo don Pelayo, y muy especialmente el de Sampiro, que insertaba integro en su historia ². Doliéndose de la total decadencia de las artes liberales con la invasion sarracena, en que desaparecieron estudio y doctrina, faltando escritores y quedando ignoradas las hazañas dignas de eterna memoria, tomaba el Silense por guia á San Isidoro de Sevilla ³, y mencionando la dominacion de los visigodos, á quienes limpiaba Leandro de la impiedad arriana, ensalzaba el valor y la fé de Recaredo y de Wamba, que postrando la ferocidad de los francos, llevaban al colmo de su grandeza aquella monarquia, humillada y corrompida más tarde por las torpezas de Witiza y de Rodrigo. «Consentia la Providencia» (exclama) que inundaran los bárbaros africanos las Españas, como en tiempo de Noé inundó el diluvio la tierra, para que reservados unos pocos cristianos, no se manchara de nuevo toda la grey en la antigua piscina» ⁴.

Tras estas manifestaciones, procura el Silense quilatar los obs-

¹ El mismo autor dice: «Statui rex gestas Domini Aldephonsi orthodoxi Hispaniae Imperatoris, vitamque eiusdem carptim prescribere,» etc. (Número VII de la *Chron.*).

² Compréndese desde el núm. XLVIII al LXVI, ambos inclusive.

³ Véase el núm. II de la *Chronica*.

⁴ Núm. VI.

táculos que opuso al reinado de Alfonso VI una guerra fratricida de ocho años, la cual tiene desastroso fin ante los muros de Zamora; y para tejer la historia de la extirpe de aquel monarca, vuelve á tomar los acontecimientos desde los tiempos de Witiza y de Rodrigo, principales causadores de la perdición de España. Puede así abarcar en su *Chronica* todo el interés de la reconquista, siguiendo las huellas de Sebastian y de Sampiro, y recogiendo de la tradicion oral aquellos sucesos más cercanos á la época en que escribe, siendo esta indudablemente la parte más útil de sus trabajos ¹.

Y no sea esto decir que, fiándose ciegamente de los *Chronicones* referidos no dé el Silense paso alguno en la investigacion de los hechos que refiere: provisto en el retiro del claustro de copiosos apuntamientos, debidos sin duda á los monjes que en él le preceden, logra ilustrar con peregrinas noticias reinados tan oscuros como los de Garcia y Ordoño II, ampliando en todos y dando mayor bulto á ciertos sucesos que siendo claro indicio de la proteccion del cielo, podian contribuir á exaltar el entusiasmo del pueblo cristiano. Singular es por cierto que llegado á la época en que debe á la relacion de sus padres el conocimiento de los hechos, presente á Bermudo II como un príncipe prudente, misericordioso y justo, mientras salia de la pluma de Pelayo cargado de afrentosos dicitrios y nefandos crímenes. El Silense, que en este lugar repite los reinados de Ramiro III y del indicado Bermudo, bosqueja con mayor exactitud, ya que no con entera claridad, las calamidades que afligieron al cristianismo durante la época, gloriosa para los sarracenos, del renombrado Almanzor ²; y apuntando en pocas palabras las expediciones de Alfonso V, que halla la muerte en una flecha musulmana lanzada de los muros de Viseo, pasa á la historia de Navarra para buscar en aquella monar-

¹ El Silense dice con frecuencia, al tratar de los personajes y sucesos coetáneos: «Experimento magis quam opinione didicimus (Núm. XII): Ut paterno relatu didicimus» (Núm. LXX). Y al narrar la invencion milagrosa del cuerpo de San Isidoro, añade: «Stupenda loquor, ab his tamen qui interfuerunt, prolata» (Núm. XCVI).

² Núm. LXVIII y sigs.

quia la ascendencia paterna de Alfonso VI, constante meta adonde se encamina ¹.

Ligeros son los rasgos de su pluma hasta llegar á Fernando I de Castilla, hijo de Sancho el Mayor, dejando rodeado de tinieblas el origen del reino pirenaico, como habia sucedido siglo y medio antes al monje Vigila. Próximo á su héroe, pone todo empeño en ilustrar la historia de aquel memorable príncipe; y reconociendo las causas de la guerra civil, que estalla entre sus hermanos, en la indiscreta division del territorio hecha por don Sancho, division que daba nacimiento al reino de Aragon en el bastardo Ramiro [1035], refiere las discordias que arrebataron á Bermudo III el cetro y la vida en el valle de Tamara (Tamarón), uniendo en las sienes de Fernando las coronas de Leon y de Castilla. Fué desde este momento el rey más poderoso de toda España, despertando su prosperidad la envidia de Garcia, su hermano, que halla en Atapuerca término á su ambicion y á su arrogancia.

Pero desembarazado al fin de las discordias intestinas, volvia Fernando sus armas contra los mahometanos, llevando á cabo las más granadas empresas.—Viseo, Lamego y Coimbra tornaban por su esfuerzo á poder del cristianismo en las comarcas Lusitanas; San Esteban de Gormaz, Berlanga, Aguilera, Güermos, Alcalá y otras muchas fortalezas y castillos eran expugnados ó abrian las puertas á sus ejércitos victoriosos en las regiones centrales de la Península; y talados ó incendiados los campos de la Bética, acudia Abenhabet, rey de Sevilla, con grandes presentes á conjurar la ruina de sus pueblos, obteniendo la deseada paz en cambio del venerable cuerpo de San Isidoro, descubierto no sin extraño prodigio por Alvito, obispo de Leon, enviado con Ordoño de Astorga y el conde don Munio á reclamar del rey sarraceno las reliquias de Santa Justa ². Da el Silense á todos estos sucesos amplitud desacostumbrada con notable superioridad sobre don Pe-

¹ Ceterum patefacta Aldefonsi nostri Imperatoris materna prosapia, ut quoque eiusdem patris nobilis origo patefiat, paulisper sermo versatur (Número LXXIV).

² Núm. XCV.

layo; y mencionada la fatal desmembración de aquel poderoso Estado, bien que rendidos á Fernando los más señalados elogios por la templanza de su carácter y la protección que dispensa á la Iglesia y sus ministros, apunta su última expedición á las regiones Celtibéricas (*Celtiberiae provinciae*), de donde vuelve á Leon afligido de mortal dolencia, pasando de esta vida en el vigésimo-sétimo año de su reinado [1065].

En este punto termina pues el *Chronicon* del monje de Silos¹, habiendo sido hasta ahora inútiles cuantos esfuerzos se han hecho para descubrir la vida de Alfonso VI. Mas si dolorosa es esta pérdida, así respecto de los estudios históricos como de los literarios, basta la parte que dejamos analizada para confirmar el juicio arriba expuesto, reconociéndose en cada página el vehemente deseo que animaba al autor por restaurar las disciplinas liberales, cuyo olvido era por él lamentado. El Silense, que siguiendo las huellas del grande Isidoro, al cultivar la historia patria, no vacilaba en celebrar su facundia y su ciencia², buscaba los caminos del saber en las Sagradas Escrituras y en las obras de los Santos Padres, y familiarizado con los doctos *diálogos* de San Gregorio³, volvía al propio tiempo sus miradas al estudio de la antigüedad, que hallaba duradero albergue en el retiro del claustro, de donde lo sacan al mundo los que, llevados á aquellas venerables escuelas por el amor de la ciencia, vuelven á la sociedad ilustrados ya con su fructuosa enseñanza.

Sólo de esta manera puede en verdad comprenderse cómo un monje, educado en la segunda mitad del siglo XI, no solamente aspira á dar á la narración histórica un tono y estilo á la sazón inusitados, sembrándola de sentencias morales y políticas⁴, sino que haciendo afectado alarde de conocer la antigua geografía de

¹ Abraza este *Chronicon* desde la pág. 226 á la 323 del tomo XVII de la *España Sagrada*, lo cual advierte desde luego su mayor extensión sobre los anteriores.

² Totam Hispaniam suo opere decoravit et verbo (núm. XCIX).

³ Véase el número III del *Chronicon*.

⁴ En el número VIII se lee: «Sociis in regno nunquam pax diuturna fuit;» en el XVIII: «Bellatrix Hispania duro, non togato, milite concucitur;» en el LXXXII: «Habent sese regum avidae mentes,» etc., etc.

las Españas, á que ajusta la relación de los sucesos¹, lleva su erudición al punto de comparar á un rey de Asturias con el *leon libico*, atribuyéndole el valor de *Marte*, y pinta la venida del nuevo día, presentando la imagen de *Titan*, que se levanta de las ondas². Y es lo notable, al hacer esta importante observación, que llamado á la vida austera del claustro en la flor de su juventud³, y avezado en ella á las contemplaciones ascéticas, admite este escritor en todos los acontecimientos de mayor bulto é importancia, cual va ya insinuado, la intervención divina, fomentando de este modo aquellas mismas creencias, que iban infundiendo vida y color á la poesía popular, cuyas primicias debían en breve recogerse por los eruditos⁴.

Pero ya queda asentado: esta peregrina contradicción, que hemos reconocido también en los mozárabes de Córdoba, al juzgar las obras de Eulogio y de Álvaro, si llama en el estudio del Silense la atención de la crítica por los caracteres con que en su *Chronicon* aparece, no era por cierto un hecho aislado: más ó menos vigorosa y decisiva, proyéctase en todas partes la sombra del gran coloso de la antigüedad, revelando así la activa influencia que debía ejercer en las literaturas vulgares aquel prodigioso arte, cu-

¹ El Silense dá en su *Chronicon* los nombres de *Betica, Lusitania, Hispania Cartaginense, Celtiberia*, etc., á las diferentes regiones, que en la antigüedad se distinguieron con estos nombres.

² Narrando las hazañas de Ordoño II, pintaba así su bravura: «Non aliter miserum pecudum gregem *Lybicus Leo* quam *Mavortius Rex* turbam maurorum invadit» (núm. XLVII). Téngase en cuenta que el Silense usó aquella poética voz en la misma acepción que Virgilio, cuando dijo:

Quin et avo comitem sese Mavortius addet
Romulus, etc.

(*Aeneid.*, lib. VI, v. 777).

Al contar la malhadada batalla de Atapuerea, escribía: «Mane itaque facta, quum primo Titan emergeretur undis (núm. LXXXIV); y al referir la aparición de San Isidoro al obispo *Alvito*, pintaba el anochecer de este modo: «Iamque die tertia, emenso *Olimpo*, sol occubuerat,» etc. (núm. XCVII).

³ Ego itaque ab ipso juvenili flore colla pio Christi iugo subnectens... habitum monacalem suscepi (núm. VII).

⁴ Véanse los primeros capítulos de la segunda parte, y las *Ilustraciones* número I, IV y V del presente volumen.

yas grandes bellezas eran más bien tradicionalmente respetadas que artística ó críticamente comprendidas.

Esta inclinación de los eruditos, que los llevaba á ostentar en sus obras las imperfectas nociones de la antigüedad clásica, adquiridas en las escuelas monacales y fomentadas con la no sazónada lectura de los poetas é historiadores latinos, mostrándose constantemente en los primitivos monumentos de la historia nacional que hemos analizado, iba á recibir nuevo impulso durante el siglo XII, como natural consecuencia de los memorables acontecimientos que ilustran el feliz reinado del conquistador de Toledo. Era el rescate de esta ciudad y de las dilatadas comarcas que reconocían su dominio, el suceso más trascendental de la guerra contra los mahometanos desde los tiempos de Pelayo: la más noble, la más grande y ardiente aspiración de la reconquista se había consumado; la ciudad de los Concilios, silla de los Eugénios, Ildelfonsos y Julianés, veía volar sobre los propugnáculos, levantados por los Beni-Dhi-n-num, los gloriosos estandartes de Castilla, que no hallaban ya en la Península Ibérica quien contrastara su poderío. Con la conciencia del predominio que le daba aquel hecho en la futura suerte de las Españas, con el vivo anhelo del propio engrandecimiento y mayor cultura, disponíase el pueblo de los Alfonsos y Ramiros, al verse dueño de la régia ciudad, á templar los heredados odios contra los enemigos de su Dios y de su patria, encaminando la civilización española por nuevos y más anchos senderos.

Imitando el nobilísimo ejemplo dado por el fundador del reino de Castilla en las regiones occidentales, que arranca denodado á la pujanza de los mahometanos [Sena, 1058], dejaban estos por segunda vez de ser vendidos como esclavos *sub corona* al sucumbir vencidos, entrando con la antigua raza mozárabe á formar parte de los vasallos de los reyes; y respetadas su religión, sus leyes y sus costumbres, eran designados con el título de *mudejares*, transmitido á nuestros días por la historia ¹. Prueba irrecusa-

¹ El nombre de *mudejar* fué dado á los moros sometidos por los independientes, como título de escarnio y deshonor: «Los mudejares, son los que quedaron en España en los lugares rendidos por vasallos de los reyes cristianos,

ble de que habían cesado ya los grandes peligros del cristianismo, y de que desvanecido en la grey cristiana el temor de caer en nueva servidumbre, comenzaban á despojarse aquellas civilizaciones que se simbolizan en el Korán y en el Evangelio, del carácter repulsivo que hasta entonces las distinguía, siendo entre ambos pueblos medianera la grey mozárabe! Acaudalaba esta al propio tiempo á sus libertadores con los tesoros de la antigua cultura latino-visigoda, solícitamente conservados y acrecentados dos siglos antes por los nobles esfuerzos de Álvaro y de Eulogio, para quienes no habían sido vanos nombres las obras de la antigüedad clásica ¹.

Pero al mismo tiempo que la política de Alfonso VI, siguiendo las generosas inspiraciones de su padre Fernando I, cambiaba el aspecto de la guerra, suceso que iba á producir bienes sin cuento á sarracenos y cristianos; al mismo tiempo que recibían estos en Toledo, cual legítima herencia de sus mayores, los frutos de las letras visigodas y mozárabes, cediendo el victorioso monarca á las reiteradas demandas de Alejandro II y Gregorio VII, á que se había doblado ya Sancho de Aragon, empeñábase en la no fácil empresa de borrar de sus Estados el antiguo rito, instituido por el IV concilio de Toledo, quebrantando así todas las tradiciones

»á los cuales, porque servían y hacían guerra contra los otros moros, los llamaron por oprobio *mudegelim*, nombre tomado de *degel*, que es en arábigo «Antecristo» (Mármol, *Hist. de la Rebel. y cast. de los moris.*, lib. II, cap. I).

¹ Remitimos á los lectores á las notas 1 y 2 de las págs. 95 y 103 del anterior capítulo. Las obras de San Eulogio fueron conocidas en vida del mismo santo por los cristianos de Toledo, quienes le ofrecieron, en premio á su saber y virtud, la mitra de dicha metrópoli. No se olvide que el celebrado códice del rico *Himnario hispano-latino*, que en su lugar propio examinamos (cap. X, pág. 457, *Ilustraciones* del anterior volumen) fué escrito durante el siglo X, ó en la primera mitad del XI, en la ciudad de Toledo, dominada á la sazón por la dinastía de los Beni-Dhi-n-num. Compuesto el prólogo, al tiempo de trasladarse el Himnario, por el mozárabe Máurico, á ruego de Veroniano, pruébase que se proseguía cultivando en la ciudad de los Concilios la poesía latina de la misma suerte que lo habían hecho los discípulos de Isidoro, y sobre todo teniendo muy presente su doctrina, como dejamos ya comprobado (pág. 473 y 476 de las citadas *Ilustraciones*). La Biblioteca Capitular de Toledo posee otros códices litúrgicos de igual época, que producen el mismo convencimiento.

de la liturgia española, é intentando condenar en consecuencia á doloroso olvido cuantos monumentos habian producido la literatura y la poesía religiosa de las edades precedentes. Dominaba á la córte romana el gran pensamiento de uniformar el culto católico en todos los pueblos occidentales; y firme Gregorio VII en este propósito, lograba por último reducir á los muros de la ciudad, donde habia nacido, aquel venerando rito, que fué otro tiempo respetado desde Narbona á Cádiz y desde Lisboa á Barcelona ¹.— Triunfante de la repugnancia de los españoles, que segun advertiremos al estudiar la edad primera de la poesía castellana, se manifestaba con singular energia en los cantos populares, no solamente poblaba el cluniacense Gregorio de monjes de su propia congregacion numerosas iglesias de la Península, sino, lo que era más trascendental para su cultura, lograba tambien que fuese abolida en los dominios de Alfonso VI la letra hispano-latina, conocida universalmente, así como el rito igualmente desterrado, con el título de *toledana* ó *isidoriana* ².

¹ Véanse el capítulo X y las *Ilustraciones* del tomo I.

² El arzobispo don Rodrigo parece inclinarse á creer que la letra *isidoriana* ó *toledana* es la misma inventada por el obispo Ulfilas ó Gudila, cuando escribia, al mencionar la conversion de los godos: «Ecclesias construxerunt et sacerdotes evangelicos habuere specialesque litteras, quas eis cum lege Gudila, eorum episcopus, tradiderat, habuerunt, quae in antiquis Hispaniarum et Galliarum libris adhuc hodie superextant; et est littera, quae dicitur toletana» [*Rerum Hisp. Gest. chr.*, lib. II, cap. I]. Debemos observar, sin embargo, para desvanecer el error en que han caido, siguiendo estas palabras, notables historiadores de nuestros días, que la letra de que se valian los escritores de la época visigoda era la *latina*, segun prueban todos los monumentos litológicos de aquella edad y persuaden las palabras de San Eugenio, cuando en el epigrama *De Inventoribus litterarum* decia:

Quas Latini scriptitamus edidit Nicostrata.

Á pesar de esto, es comun entre los eruditos dar el nombre de *gótica* ó *ulfilana* á la letra de la edad referida, que en la del arzobispo don Rodrigo llevaba todavia el título de *toletana*. San Eugenio mencionaba estos caracteres, diciendo:

Gulfila prompsit Getarum quas videmus ultimas.

Este verso no prueba que semejantes caracteres se empleasen por los escri

Que estos extraordinarios sucesos debian ejercer alguna influencia en la civilizacion española, no hay para qué dudarle cuando se repara en la universalidad y trascendencia de semejantes disposiciones. Reflejáronse estas sin duda en las esferas literarias: acaudalábanse con nuevas producciones los estudios sagrados, y tal vez recibian nuevo incremento los clásicos, nunca olvidados en el suelo español, segun queda históricamente comprobado: cobraban acaso las escuelas clericales mayor importancia con el ejemplo de aquellos monjes, que obedeciendo los mandatos de la Santa Sede, traian á Castilla con el predominio de la curia romana, la ciencia atesorada en sus celebrados monasterios. Pero si por este camino se generalizaba algun tanto el conocimiento de las artes liberales, estimulando á nuestros prelados en el cultivo de la filosofia y de la elocuencia ¹, si segundaba en cierto modo la solicitud de los cluniacenses las enseñanzas difundidas por Isidoro en el libro inmortal de las *Etimologias*, no podia cundir esta influencia más allá de la esfera de los eruditos, mientras preludiaba claramente el primer divorcio entre doctos y vulgares; divorcio á que daba no pequeño impulso el extraordinario conjunto de circunstancias, asociadas á la conquista de Toledo.

Reflejábanse estas más directamente en las esferas de la política, y trascendian no sin algun efecto á las de la lengua hablada por la muchedumbre, cuya existencia aparecia ya desde siglos anteriores como un hecho indudable, conforme nos han demostrado en el terreno de la erudicion los monumentos históricos ².

tores hispano-latinos: lo que manifiesta claramente es que la letra *ulfilana* aparecia la última en el orden cronológico. Al investigar los orígenes y formacion de los *romances* hablados en la Península, tocaremos este punto con mayor espacio (*Ilust.* II).

¹ Entre otras pruebas que pudiéramos alegar, citaremos las palabras con que Nuño Alfonso, uno de los autores de la *Historia* ó Registro compostelano, refiere el establecimiento de la escuela en que él mismo se educa, debido al obispo don Diego Gelmirez: «Clericos... alios a diversis partibus colligens, locato de doctrina eloquentiae magistro et de ea quae discernendi facultatem plenius administrat, ut nos ab infantiae subtraheret rudimentis, suo nos commendavit imperio» (lib. I, cap. XX). Esta escuela se planteaba en 1105.

² En su lugar hallarán los lectores todos estos datos, por extremo eficaces

Al grueso de los ejércitos de Alfonso VI, compuestos de gallegos, leoneses, astures, alaveses y castellanos, había reunido la fama de aquella bélica empresa crecido número de aventureros navarros, aragoneses y catalanes, pasando los Pirineos con igual propósito no escasas compañías de francos, gascones y provenzales, con quienes habían tomado plaza algunos alemanes, italianos y griegos, ganosos también de señalarse en tan meritoria cruzada.—Al caer el reino de Toledo en poder del rey de Castilla, recibían, ya dentro de la ciudad, ya en las villas y pueblos del contorno, heredades y privilegios todos aquellos guerreros; y hermanados con los mozárabes, que obtenían el gobierno de la ciudad, y puestos en comunicación con los judíos y sarracenos, que conservaron en la misma su religión, sus leyes y sus antiguas propiedades, natural parecía que trayendo al habla común alguna parte de sus respectivos idiomas, cobrase aquella nueva fisonomía, muy principalmente en la corte de Castilla, asentada ya, como dejamos advertido, en la antigua ciudad de los Concilios ¹.

Mas si el vulgar romance español, hablado al propio tiempo por astures, leoneses, castellanos, aragoneses y navarros, con los matices que en su lugar notaremos, pudo acaudalarse algún tanto al ponerse en contacto con los romances de los ultramontanos, lo cual ha dado origen á muy aventuradas hipótesis ²; si es conveniente

para estudiar el desarrollo de la lengua vulgar, unidos á otros testimonios no menos fehacientes (Ilustr. II.^a de este volúmen).

¹ El erudito don Pedro José Pidal parece opinar, con el autor de la *Paleografía Española*, que tuvo nacimiento el habla castellana en la ciudad de Toledo (*Recuerdos de un viaje á Toledo, Revista de Madrid*); pero con sólo tener presentes los testimonios que dejamos expuestos y en su lugar ampliaremos, se demuestra que el idioma vulgar existía en siglos anteriores. Lo que pudo suceder, al reunirse dentro de los muros de Toledo tan diferentes pueblos, fué que se desarrollara y enriqueciera aquel naciente idioma, tomando ya caracteres más fijos y determinados y preparándose á dejar la rusticidad con que había nacido, según antes de ahora observamos (*Est. hist., pol. y lit. sobre los judíos de España*, Introd.).

² Cuando trazamos estas líneas, no podíamos sospechar que las indicaciones históricas del P. Burriel, dadas á luz por Terreros, podían producir la teoría que el docto Damás-Hinard anuncia y explana en la Introducción á su *Poème du Cid* (Paris, 1858). Excediendo de los justos límites, no sola-

el seguir desde aquel momento con singular cuidado todos los pasos que dá, y reconocer todos los obstáculos que vence hasta que dotado de mayores bríos pugna por erigirse en lengua literaria; si son por último dignos de maduro estudio los esfuerzos que hace para conquistar la consideración de los eruditos, que lo vieron en su cuna con entero desprecio é indiferencia, adictos siempre al uso de la lengua latina, no podía esta ser tan fácilmente despojada de la posesión de todos los conocimientos humanos, en que había estado por tantos siglos, ni desechada tampoco por la Iglesia, que la reconocía como único intérprete del culto.—Activo, grande y poderoso el influjo del clero en las costumbres de la sociedad española, conservaba por el contrario el latín su antiguo ascendiente; y restaurado en parte con la doctrina de los monjes de Cluny, ofrecía nueva resistencia al triunfo decisivo de las hablas romances, que se habían levantado á un mismo tiempo de sus ruinas ¹. Así, mientras disputaba á las últimas el dominio de

mente hace derivado y tributario del francés el arte español, y por tanto hijo de la literatura ultramontana el *Poema del Cid*, sino que pone también en la lengua española el sello de la francesa; y no contento con tan amplia conquista, extiende á toda nuestra civilización ese derecho de paternidad, no perdonadas las artes ni las costumbres. La pretensión es tal y tan excesiva, que por más ingenio, por más erudición, por más ciencia que el entendido Damás-Hinard despliegue para legitimarla «l'histoire et la logique seront les plus fortes» contra ella, valiéndonos de sus propias palabras. Por de pronto, conviene fijar la vista en los estudios que dejamos realizados, para que comprendida la fuerza indestructible de la tradición respecto de todos los elementos de cultura, atesorados en nuestro suelo desde el momento en que empieza la obra de la reconquista, no concedamos tan fácilmente su anulación ante cualquiera influencia extraña. Tampoco nos llevará este convencimiento, nacido al propio tiempo de la historia y de la filosofía, á rechazar ciegamente toda influencia por el estéril placer de negar la verdad, ni por la indiscreta satisfacción de un patriotismo exagerado. Concedemos, ó mejor dicho, hallamos al declinar del siglo XI y principiar del XII, esa influencia francesa en el suelo de Castilla: la vemos reflejarse en las esferas de la ciencia y del arte erudito; pero de aquí á convenir en las conclusiones obtenidas por el docto Damás-Hinard, hay muchas millas de distancia, y contra ellas protestan, no solamente los estudios realizados, sino cuantos adelante exponemos. Véanse en efecto los capítulos siguientes, con todas las Ilustraciones del presente volúmen, y los primeros capítulos de nuestra II.^a Parte.

¹ Véase la Ilustración II.^a del presente volúmen.